

21 m2 DE MUJER

DIBUJANDO HISTORIA

Solo el color, siempre el color. Colores que brotan de lo más profundo.

Colores que tuvieron un cristal azul para mirar desde que nací.

¿Será por eso que el azul inunda mi mirada y su equilibrio fundante lo cubre todo? Algunos dicen que desde muy pequeña miro con cristales verdes cuando estoy enojada y grises los días tristes de invierno ... Seguramente no vivo ni pinto igual si veo y siento distinto.

Y así la vida y la obra son como un mar de pulsiones, que reflejan amor y tristeza, como el interior del circo cuando termina la función y solo quedan el silencio y los papelitos de colores.

En medio de todo, una mujer aparece envuelta en escamas rojas y turquesas. El color es su armadura, pero también las canciones y las historias que le brotan de la piel. Su interior se confunde con el tejido de manchas que laten a su alrededor. Son gritos de victoria y lamentos que galopan y hacen eco en otros cuadros, se expanden como olas, y ella que es fuego no lo apaga sino solo baila en el caos, entre la alegría y el asombro.

No tiene ojos ni boca, porque esta mujer, como cada una de las protagonistas de mi obra, le habla a las infinitas mujeres que todos llevamos dentro.

No sé cómo ni por qué comencé a pintar mujeres, a despertar a estas miles de bailarinas dormidas que se materializan cada vez que tomo una espátula, pero desde que era una niña, con ganas de conocerme, aparecieron como maestras en evolución.

Desde los 7 años juntaba cuadernos donde describía las cosas que me importaban; a las personas de ojos generosos; a mi maestra; a mis primas, con las que podía jugar y divertirme incluso en el silencio. A mis hermanos, que me robaban los lápices acuarelables, regalo de mi abuelo paterno que sabía de mi afición por el trazo suave que generaban una vez mojados. A mi hermana, con quien vestíamos y desvestíamos a las muñecas que llenaban nuestro cuarto.

En esas páginas empecé a dibujar mujeres con lápiz negro, mujeres de gran tamaño ocupando toda la hoja. A veces me salían más o menos porque no podía copiar exactamente a mi mamá o a la amiga de mi hermana. Otras, las observaba y pensaba que, si iba corriendo a pintarlas, tal vez me acordaría de la forma de la nariz o de la proporción de las manos comparadas con la cara, pero después todo desaparecía en mi cabeza, se confundían los cálculos, y la mano se despegaba del pensamiento y avanzaba sola con el lápiz, perdiéndose juntas como en un juego, y la mujer que aparecía ese día no tenía nada que ver con la que había imaginado.

Después de borrar con la goma algunas partes que me gustaban menos o creía poder mejorar la próxima vez, escribía con paciencia: “Acá dibujé una mujer, pero sé que la puedo dibujar mucho mejor”.

Con los años aparecieron los verdaderos rostros de mujeres, las pieles que una a una fueron pasando por mis manos como lienzos de carne y hueso que maquillaba. En ese tiempo de resaltar las formas de los ojos, llevar luz a frentes orgullosas y narices delicadas, destacar bocas y esconder lo que cada mujer elige no mostrar, aprendí mucho: conocí sus deseos, sus expectativas, sus miedos y dificultades, así como la forma en que decidían presentarse al mundo.

Aprendí que los colores son emociones, que cada uno expresa un estado interior, y que toda mujer es fruto del espacio en el que se mueve. Las experiencias de vida marcadas en tintes violetas ante una pérdida, en amarillos frente a un amor irracional, en azules en momentos de eternidad, en rojos brillantes para celebrar la fuerza interior. Las veía llegar trayendo consigo su propio abanico de tonos, irradiando colores tan diferentes como únicos, y me enamoré de las incontables combinaciones posibles que existen en nosotras.

Tenía veinte años cuando empecé a maquillar mujeres, a conocer en profundidad sus historias y a entrenar el ojo para lo que se convertiría en la gran pasión de mi vida. Pintar .

Fue en esos días que leí sobre los vagones chinos, donde las mujeres viajaban separadas de los hombres, y entre paisajes de montañas y nubes rosadas contaban sus vivencias. Empezó a gestarse en mí la idea de crear mis propios vagones visuales, de echar luz sobre esos rostros que pintaba y que permanecían flotando en mi retina.

Después llegaría el tiempo de incursionar en la restauración de cuadros.

Hasta entonces siempre había observado las pinturas como piezas acabadas, sin pensar en las miles de formas en que una idea podría materializarse sobre un lienzo.

Pasé diez años detrás de bastidores de obras de arte olvidadas o gastadas por el paso del tiempo, inmersa en el proceso laborioso de volver a darles vida. Horas de limpieza, de estudiar la textura que abarca cada centímetro de un cuadro y de entender que detrás de esa composición hay una historia. Empecé a imaginar las sobremesas que habría presenciado cada obra, las mudanzas que habría acompañado, las separaciones y despedidas. Cada pintura había estado colgada en un rincón, compartiendo la vida de una familia y también su calor o indiferencia.

Un agosto frío de vacaciones de invierno, llegó a mis manos un cuadro muy chiquito para restaurar. Era un paisaje marino de un puerto triste, invernal, oscuro. Cuando empecé a limpiarlo, era tal la negrura que tenía el liencillo al pasarlo por la superficie de la tela, que me asusté y creí que la limpieza se estaba llevando el óleo. A medida que avanzaba comenzaron a asomar más barcos, flotando en un amanecer clarísimo con una luz dorada que bañaba cada rincón de la tela. Comprendí en ese momento que mi trabajo era esencial para que esa obra volviera a contar su historia. Mi función era tender un puente en el tiempo para darle voz nuevamente al artista.

Ese proceso de ir desde el final hacia el comienzo me hizo perder el miedo a los grandes cuadros, a los elementos que forman parte de una obra. Perdí el vértigo que produce una hoja en blanco, un manchón inesperado. Pude ver que todo se soluciona, que siempre hay un camino hacia atrás o hacia adelante, esperando ser descubierto.

“Lo bello del desierto es que en algún lugar esconde un pozo”, decía Saint Exupery. Así, junto al pozo, me sentí cada vez que una obra volvió a ser lo que era después de pasar por mis manos.

Tuvieron que pasar muchos inviernos para que en el 2005, de la mano de un grupo de mujeres y del muralista y profesor de pintura Marcelo Varela, me animara a pincelar mi propia historia.

Aquellas tardes ruidosas con olor a acrílico se volvieron un espacio sagrado donde exploré todo eso que tenía para decir, desde mis primeros bocetos con lápiz cuando era una niña observadora hasta las imágenes grabadas dentro mio esperando ser volcadas en papel.

Un día, mientras intentaba pintar reflejos en el agua, tomé una espátula para conseguir un efecto más crudo y realista, que diera la impresión de salirse de la tela. Sentí cómo el acrílico iba desparramándose y creando formas imposibles, con una agresividad y una textura que me hicieron sentir que podía lograr lo que deseara. Fue la técnica que me cambió la vida.

Hoy las espártulas son extensiones de mis manos, superpoderes con los que traigo a esta dimensión mujeres que viven en un universo paralelo. Tengo espártulas de todos los filos, puntas y tamaños, cada una con un propósito específico: a veces nace una figura de un solo trazo; otras, intercalo detalles imperceptibles con pliegues más marcados en los que el pigmento adquiere una forma aleatoria y la espátula casi no interviene más que para darle su lugar en la tela.

Y así, con espártulas y pinceles cargados de acrílicos nacieron mis mujeres.

Ellas forman una comunidad invisible en la que están reflejados la locura, los miedos , el amor y los encuentros milagrosos que llevan a cada persona a ser quien es. Pintarlas es un proceso de vulnerabilidad absoluto. Es dejar que las manos revelen el alma. Es soltar toda idea preconcebida de cómo tiene que ser una pieza. Es perder el miedo a la lectura ajena. Es creer en mí misma, confiar en esa mirada propia que no se parece a la de ningún otro, animarme a hacer un aporte al mundo que me rodea.

Son mujeres que nacen de la fragilidad, y el espectro de emociones que transmiten es amplio al igual que las que habitan en cada espectador. Las hay armadas, con rasgos que sobresalen. Las hay felices mirando al cielo, las hay tumbadas por horas de frustraciones, las hay desintegradas, cuerpos que apenas se adivinan entre cenizas, las hay celebrando en movimiento. Cada musa viene de algún espacio dentro de mí, de alguna huella dejada por las caminantes de mi historia.

Recuerdo a Marta, una señora que vivía en un asilo, en Ituzaingó, a la que visité durante mucho tiempo cuando era una adolescente con ganas de expandir mi mundo. Cada sábado salía en tren de Once y tenía cita en un pabellón donde el abandono se olía en las paredes y las cortinas gastadas. Ahí conocí a esta señora con cuerpo de gigante, cara suave y ropas grises. Marta se arreglaba especialmente para recibirme y contarme fragmentos de quién había sido. Me decía que yo era como su nieta y, a pesar de la tristeza, me dejaba abrazar y acariciar por esta mujer olvidada. Fue en esta amistad desigual en la que aprendí a detectar la emoción en el silencio de unos ojos ajenos, a estar presente sin entender y a comprender el destino irremediable que atraviesa a cada mujer.

Una mañana llegué como tantas a encontrarme con ella, pero ya no estaba. Había muerto de frío unas madrugadas atrás, sola en su habitación. Alguien se había robado la caldera y con ella el calor. En ese momento de injusticia, la bronca y la tristeza me llenaron el alma. Algún día contaría de alguna manera su historia, y la de tantas Martas rotas y abandonadas. Mis mujeres desintegradas hablan de ellas...

Las mujeres que viven en mi imaginario y se transportan a mis cuadros están hechas de capas y capas de pintura. La misma paleta de colores forma parte del fondo y de la forma, de la imagen y su contexto, porque nadie puede despegarse de quién es ni de su entorno. Todas estas mujeres irradian emociones hechas color y atraviesan lienzos con tonos ajenos que se

les meten dentro. Son cuerpos que conviven con un soporte que es casi tan protagonista como ellas. Jamás van a ser figuras recortadas; son pieles en su hábitat.

Todos nosotros somos seres únicos inmersos en un determinado lugar y construyendo historia. Hoy parte de la mía es formar parte y acompañar grupos de mujeres que, como yo, atraviesan la mitad de la vida. Mujeres que necesitamos frenar, mirar el camino recorrido, reconciliarnos con nuestro pasado, amarlo, y elegir cómo seguir viviendo. Es una pausa desde lo espiritual que llena de sentido la existencia, es un encuentro desde el alma, que sana y reconstruye lo más profundo del corazón.

Muchas de esas historias de profunda entrega y superación están grabadas en mí.

Una de ellas fue una mujer que conocí en el sur. De origen humilde, estuvo a punto de casarse con el hijo de un hombre rico de su pueblo para salvar a su familia de la pobreza. Pero se escapó la noche antes del casamiento.

Ella siempre decía que cumpliría cincuenta años en París, un sueño que parecía imposible. Llegó a la frontera donde fue maestra y finalmente a Buenos Aires donde trabajó en una casa mientras estudiaba de noche haciendo un gran esfuerzo. Allí se enamoró de un compañero de la facultad con quien se casó a los pocos años.

Cuando cumplió cincuenta viajaron juntos a París a celebrar su vida y la certeza de que todo es posible.

Conmovida, un día la pinté sin saberlo. La pinté en medio de un estallido de colores, caminando entre ellos, intocable, con luz propia. Al entender que era ella viajé al sur para llevársela.

Hay piezas que le pertenecen a alguien desde que nacen.

Con ellas se pronuncia un gracias.

Cada obra que va desarrollándose y dándose a conocer es un capítulo inevitable en mi recorrido. No hay un cuadro que no nazca de la necesidad irrefrenable de expandir mi universo.

Cuento porque no puedo no hacerlo.

Pinto porque es ahí donde me encuentro libre.

Imagino y creo porque tengo una mirada que construye.

Y voy coleccionando historias que me hinchan el corazón y las ganas de curar.

Hago arte para re significar la vida.

Hay cierto misticismo en el proceso de crear algo, sea una pintura o una escultura. Nunca se termina de controlar lo que ocurre cuando un artista se pone el delantal, cierra las puertas de su taller y se encuentra con sus herramientas de trabajo.

Hay fórmulas para ordenar el caos, para encauzar las ideas y convocar una técnica específica. Pero también hay una conversación silenciosa con la obra, de soltar las riendas e ir sabiendo cuándo insistir por un camino y cuando dejar que la obra se autoconstruya. Casi siempre pinto en silencio. Es la forma de distinguir lo que hay en mí, lo instintivo y lo sensible.

Y si de grandes mujeres se trata, una de las vivencias más crudas y necesarias que me tocó vivir fue pintar a mi madre cuando se despedía de esta vida.

No había tenido la intención de pintarla, pero una vez más el arte fue la forma en que el dolor me habló y habitó ese vacío que con los días se agrandaba. Estuve tres meses entre el taller y el lado de su cama. Sentía cómo se alejaba, cómo se iba apagando el color de sus manos y sus ojos. En uno de los días más difíciles tomé la espátula y delineé una mujer entre el cielo y la tierra. No me detuve a pensar en ningún momento. Nada de lo que pasaba en esos días tenía mucho sentido.

La mujer del cuadro es frágil, todavía está en el suelo, resistiendo sus circunstancias. Está despojada, soltando de a poco lo que la ata al mundo. El cielo, en cambio, está de fiesta, con una luz que va abriéndose paso y la convoca. Los colores contrastan pero a la vez se tocan en un punto donde todo parece amalgamarse, la claridad del arriba con la pesadez del abajo. Es muy claro al mirarlo que se trata de un viaje, de una despedida del corazón.

Cuando mi madre murió, volví al taller y, con el agradecimiento de haber sido bendecida por la mujer que me regaló la vida, la volví a pintar.

Pero esta vez la pinté bailando.

LA VIDA ES PARA PINTARLA

Junto a Marcelo, mi profesor durante seis años, exploré también los límites del tamaño. De la mano de otros artistas, lo ayudamos a hacer murales con escenas que a veces eran más grandes que nosotros mismos. Allí rompí con mis propias reticencias en cuanto a la escala y pude imaginar cuadros sin condiciones. Algo de esa experiencia pintando sobre soportes no tradicionales me provocó ganas de ir más allá. Y así llegaron, primero, las maderas y, luego, **las chapas.**

Atravesando el sudoeste de la provincia de Buenos Aires junto a Andrés, mi marido, descubrimos unos galpones llenos de material en desuso. La primera vez me quedé con tres chapas oxidadas y una sensación nueva, como la de estar al borde de algo importante.

En esos días fui al Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires en busca de colores e ideas que me interpelarán y dieran un impulso. Encontré unos pequeños dibujos de Picasso. Eran mujeres azules, sobre papel misionero. Simples y magníficas, commovedoras para el que se detuviera a observarlas en silencio. Con la dedicación de quien está en búsqueda, las miré largo rato, emocionándome con la profundidad de esas postales, tanta desnudez y tanta agua. Una vez en el taller supe que debía convertir la historia del óxido de cada chapa en un poema azul con protagonistas. Entonces elegí una espátula y pinté las primeras mujeres celestes. Eran dibujos abstractos que querían hablarle a una mujer universal, al alma celeste de cada una. A Marta y a mi hermana. A las mujeres que jamás conocería y a las que conocía demasiado.

Pinté tres. Y fueron las primeras de una serie que se multiplicó como se multiplicaron mis ganas de seguir pintando.

Durante los próximos dos años, Andrés se convirtió en un excavador con la mirada cada vez más entrenada para encontrar tesoros. Volvió una y otra vez al galpón de ese desarmadero a llenarse las manos del color rojizo del óxido. Compartíamos un secreto, vibrando con la idea de que cada trozo de metal corroído no era basura sino un capítulo que recién empezaba. Cada chapa tenía una rusticidad, un peso y un tamaño. Había cientos de piezas más bajo el piso de tierra del galpón. Todas habían pertenecido a una máquina discontinuada y tenían por lo menos cien años. Él desenterró más de quinientas chapas, iguales en tamaño y peso pero oxidadas de modos diferentes.

Cada mujer que pinté chapa por chapa tuvo como soporte el óxido de su propia historia.

Un ADN único que la hizo irrepetible.

Nadie oxida igual, y eso es lo que enamora, en la obra pero sobre todo en la vida.

Esas primeras mujeres bocetadas aparecieron casi abstractas, sumatorias de líneas sin rasgos específicos. A medida que llegaban a mí caras, nombres e historias, sentía la necesidad de que mis mujeres pudieran habitar en cualquiera. Cuando me pusiera a delinejar la redondez de unos ojos o a detallar la piel manchada de una mujer concreta, estaría eligiéndola por sobre miles de otras a las que también quería dibujar. Mi intención era que quien se detuviese a observar mi obra pudiera contemplar esas manchas de color celeste y encontrar a la mujer de su vida, a su amante, a su madre, a sí misma; quería borrar los límites de la figura y hablar más allá de las definiciones.

Por eso las mujeres que vendrían a continuación fueron puntapiés. Parado frente a la obra, cada uno puede ver lo que desea o necesita. Imaginar mujeres de color, mujeres latinas, europeas, orientales. Mujeres castigadas o bendecidas por el sol, mujeres valientes o acobardadas, en paz y a veces cansadas de dar batalla. Mujeres livianas como el aire, mujeres conocidas o bailarinas lejanas, exhibidas para ser admiradas.

El metal fue la plataforma ideal para desplegarlas. Como un reflejo del trayecto de cada una, la chapa atraviesa un proceso que la modifica. Todas las piezas nacen iguales dentro de una máquina; el paso del tiempo les va dejando marcas. Al estar más o menos enterradas, recibiendo más o menos aire, expuestas a distintos niveles de humedad y desgaste, cada sección se convierte en única. Yo las lavo y las sello, pero jamás intervengo sobre el paso del tiempo. Las marcas que nos deja la vida en el corazón y en el cuerpo valen la pena ser contadas. El óxido, que puede parecer una equivocación, no es más que la belleza de la experiencia grabada.

La primera vez que presenté las chapas fue en un espacio llamado Resonancia, donde llevé cuarenta mujeres y las expuse como un bloque. Era una muestra chica y, a medida que la sala se iba llenando, las caras se me volvían como espejos. Cada uno experimentaba de distintas maneras lo que veía. Algunos se acercaban a preguntarme quiénes eran, cuáles eran sus nombres e intereses, sus coordenadas. Otros sentían interés por el color elegido, o el atrevimiento de contar historias con carga femenina usando un soporte tan duro.

La segunda vez que las presenté fue en La Noche de los Museos de Buenos Aires. Esta vez fueron ochenta chapas juntas, y la obra giró en torno a lo que sucede cuando esas figuras abstractas se reúnen y se enlazan sus historias. La instalación se llamó **79 mujeres y un**

encuentro, e invitaba a pensar en cómo desaparece el óxido en cada una cuando las mujeres confluyen. El dolor se desdibuja y queda el alma.

Fuimos a colgar la muestra un día caluroso de noviembre, en el barrio de San Telmo, en el salón en el que el Casal de Cataluña me había invitado a exponer. De a turnos subíamos a una escalera altísima con Julieta, mi amiga y compañera en este sueño, intentando acomodar cada una de las chapas en el lugar que habíamos pensado. Ella medía con precisión mientras yo, como siempre, calculaba las distancias a ojo. Mi hermano Fernando iba y venía con cuadros pesados, y entre risas pasamos unas de esas tardes que quedan para siempre en la memoria. Instalar es una parte del proceso que disfruto muchísimo.

Ochenta chapas colgaban desplegadas en una pared, 79 portaban una mujer particular. En el medio, una chapa de iguales dimensiones que el resto, vacía. A la misma altura, en la pared de enfrente, una chapa totalmente turquesa representaba el encuentro desde el alma. Sin ese espacio libre, ese espacio buscado, no hubiese sido posible reparar en el reflejo.

El celeste no fue un color casual para dar vida a esta serie e instalación . Es lo que ven nuestros ojos cuando se unen el agua y el aire, es el tono del cielo y de lo celeste en cada uno, el color del alma si el alma tuviera color .

Setenta y nueve historias, setenta y nueve chapas tan distintas como el camino que tomaba el óxido en cada una. El hierro formaba parte de las mujeres. Setenta y nueve caminos diferentes que, a la hora de converger, estallaban en un azul claro.

La Navidad de aquel año, las colgué en nuestra casa e invité a las mujeres de mi familia a elegirse. Me causó ternura ver cómo cada una necesitaba verse reflejada buscando en las diferentes siluetas algún rasgo que las interpelara . Discutían acerca de si la chapa que había elegido una tenía que ver con ella o si era una preferencia caprichosa. La mayoría de las veces, la propia percepción no era la misma que la que tenían las otras sobre ella, y así las chapas bajaban y subían a las paredes, pasaban de unas a otras y cambiaban de dueña entre discusiones y risas, hasta que cada una eligió la suya para llevársela a su casa.

Luego de las chapas llegaría la serie **Soledades**. Un conjunto de personajes pequeños, ocupando espacios enormes y monocromáticos. Era lo que podía y necesitaba contar en aquel momento, sin ninguna idea de qué ocurriría cuando esa tristeza que yo sentía entonces se encontrara con los demás.

Fue una experiencia transformadora, en la que comprendí cómo un artista necesariamente se despega de su obra al momento de mostrarla, sin más derecho a controlar lo que le ocurre al

que la observa. El arte expuesto pasa a ser de todos, y ya no hay una sola mirada, sino miles de maneras de recibir esas historias. Las personas apagadas y melancólicas que pintaba en aquellos días porque no me salía pintar otra cosa de pronto eran pedidos de extraños que querían llevarse esa soledad a sus casas, probablemente porque para ellos no representaran desamparo sino algo distinto . Aquí quizás lo que veían era el cuidado por el detalle de cada figura, la corrección en la paleta, la fuerza de un grito hecho pintura.

En cada presentación siento cómo llevo a los otros mi grano de arena. Es abrir mi corazón y dejar que los demás conecten con lo más profundo que tengo: mis piezas. Cuando uno logra romper con el peso de la mirada ajena y entender que cada uno trae algo propio y que la obra habla infinitos idiomas, exponer es una fiesta. Y cuando alguien se enamora de mi obra y puede compartir su vida a partir de lo que le dice, se abre un canal invisible que me conecta con personas impensadas.

Imaginar cada cuadro habitando la casa de alguien que lo elige es un momento de plenitud y agradecimiento. Es abrir una puerta y hacerse parte de otros mundos. De alguna manera, es dejar un pedazo mío en aquel hogar. Es un ciclo que se abre y se cierra. El sueño escondido de todo artista.

Los personajes de Soledades fueron expuestos en una galería amplia, de dos pisos. Decidí entonces generar dos universos paralelos, uno en la planta baja, en la que habitarían estos personajes mínimos, y otro arriba, con telas enormes replicándolos en gran escala.

Armé diez hombres y mujeres inmensos, de dos metros de alto: gigantes medio aguados que impactaban en los espectadores cuando se encontraban en medio de ellos. Para poder pintarlos desplegaba las telas en el jardín del taller e iba recorriéndolas con la espátula embadurnada de algún tono, sintiendo la carga de energía en cada aplicación. Al principio empezaba por los fondos y luego imprimía sobre ellos a los personajes elegidos, pero a medida que la idea fue tomando fuerza empecé a pintarlos por capas. Hacía una base sobre la tela, la llenaba de grises, le sumaba rojos, le sacaba color en algunas partes. Cada tela me pedía , me reclamaba más o menos color , como un dialecto casi imperceptible entre mi intuición y la obra que quería ser.

Mi taller se convirtió en una pasarela de humanos en construcción, de tarros de colores. Nunca se sabía cuál podía invocar la espátula.

Hubo días de furia naranja, de sentir la pulsión latiendo a través de mis manos mientras aparecía un hombre poderoso. Otras veces corría con los verdes y los magentas de mujeres

festivas que se transformaban en amigas. Convivía con estas figuras durante días, las pensaba, las soñaba, a veces hasta podía escucharlas dialogar entre ellas. Se volvían parte de mi pasado y de mi futuro, abrazándome en cada pincelada, curándome cuando sentía cansancio, cuando el olor a pintura empezaba a marearme y los colores del día se transformaban en círculos pesados dentro de mí.

Siempre me sentía más en comunión cuando pintaba mujeres. No sabía si eran ellas las que me invocaban o si era yo quien las traía a la tela, de tan arraigado el proceso y tal la fuerza con que las sentía llegar y la seguridad con que las plasmaba.

Esa serie terminó dando paso a una serie solo de mujeres enormes, que pisaron fuerte y se quedaron a mi lado y en mis espártulas: **Las grandes mujeres**.

Trabajar invocando a las que marcaron mi vida es un ejercicio de profunda gratitud. Hay tantas que moldearon mi camino como artista y como persona:

Las amigas con las que crecí, y las que la vida puso en mi camino a través de los años, cada una de ellas, importante, diferente y singular.

La primera mujer que confió y me dio trabajo como maestra. Más que eso, me dio un lugar para desarrollarme cuando era joven, vio mi potencial y valoró mis capacidades creativas.

Mis abuelas, a quienes casi no conocí pero que son parte del inconsciente familiar, dos luchadoras que me dejaron sus dones impresos.

Soy nieta de mujeres con voluntad de cruzar océanos.

María Alicia, francesa, que llegó al país recién casada después de la Primera Guerra Mundial. Solidaria, fuerte y a la vez sensible, tocaba el piano y cantaba, su música agrandaba la casa haciéndola vibrar con sus notas. Fue madre de dieciséis hijos y dueña de una valentía profundamente espiritual.

Ya de grande descubrí, entre las cosas que guardaba mi tía María Antonia, un dibujo de una mujer hecho en pasteles, firmado en el año 1900 con las iniciales AMJ. Ana María Jorba, mi otra abuela que fue artista en secreto. Catalana, marcada por la guerra civil española, vino a la Argentina donde empezó de nuevo junto a su marido y sus cuatro hijos. De alguna manera, en una coincidencia para nada aleatoria, estoy replicando con cien años de diferencia su amor por la pintura.

Mis hijas, las mujeres a quienes traje al mundo y que cada día construyen su propia historia, mostrándome que son las únicas artífices de sus vidas, una tela enorme desplegada para hacer

y deshacer a gusto, para acertar o para equivocarse y borrar, para dejar marcas y transformar el dolor y las alegrías en color.

Incluso las mujeres que me hicieron sufrir. Las que dejaron su marca dolorosa, me lastimaron. Las que me mostraron lo que no quería ser y me enseñaron, de alguna manera, a ser fiel a mi esencia.

Las grandes mujeres terminaron transportándome por mi país y por el mundo. Siempre en grupo, colgadas una al lado de la otra como guerreras gigantes, a veces unidas por sus polleras, a veces simplemente compartiendo y haciendo enorme un espacio.

Cada vez que alguien elige una, siento que puedo ver en el interior de esa persona, espiar un poco la emoción ajena que puede llevar a alguien a decidirse por una en particular. De la misma manera que yo expongo mi historia, quien la elige deja expuesta su mirada, su necesidad, su deseo.

Llegó un momento en el que, de tanto convivir con estas figuras, estas damas dueñas de mis telas y mis sueños, sentí la necesidad de llevarlas a la tridimensión. Necesitaba poder rodearlas, observarlas desde todos los ángulos posibles, que fueran seres palpables de materia sólida.

Elegí el cemento como materia prima. Esa masa cambiante, en apariencia torpe, me permitiría hacer y deshacer, equivocarme y sentir los rasgos de mi creación. Sería posible pasar los dedos por cada centímetro del cuerpo para sentir la tensión de las piernas, la fragilidad de la espalda y los secretos detrás del pecho.

El cemento, material duro y blando a la vez, se dejó moldear por una fuerza mayor, abierto a sentir el impacto y a hacerlo parte de su constitución. Como las mujeres, que con la sensibilidad construyen sobre sí mismas y no dejan que la vida les pase sin hacer huella, sin transformar los embates en surcos poderosos.

Necesitaba llenar el espacio con una presencia desafiante que me mirara a los ojos y evocara a sus compañeras. Y alcé una gran mujer, la única, la madre de todas las otras, orgullosa y llena de marcas.

Aquella gran musa dio lugar a un grupo de esculturas más pequeñas, esta vez en aluminio. Primero fue una pequeña exploradora fundida en color plata, que trajo de la mano a un hombre.

El trabajo de materializar a estos personajes que conocía más distantes, en una dimensión que no le pertenecía más que a ellos, fue también la experiencia de rendirme ante sus

imperfecciones. No hay dos esculturas iguales así como no hay dos días iguales. El clima, la paciencia o el cansancio, la mirada de un jueves o de un domingo modifican la forma en la que trabajan las manos.

Estos visitantes de aluminio aparecieron en pares, siempre sujetos a lo que pedía el otro, y sobre todo asentados en un momento concreto. Quería que estuvieran posados sobre un soporte, no quería que fueran esculturas sueltas, y elegí un material de la naturaleza como paisaje.

La madera del paraíso, ese árbol que Domingo Faustino Sarmiento trajo a la Argentina y que llenó en una época todos los ranchos del centro y del norte del país, era la metáfora perfecta para sostener a estas parejas brillantes.

Además de la idea romántica de sentar a un hombre y una mujer sobre el mismísimo paraíso, este es un árbol que sobrevive a las amenazas de su entorno, porque no se deja comer por la langosta. Cuando pasaban las plagas y devoraban todo a su alrededor, lo único que quedaba en el campo eran las sombras frescas y vertiginosas de los paraísos, constantes en su altura, dueños de una flor única y perfumada.

De la misma manera, las parejas de esculturas no solo compartirían un momento íntimo y para siempre, sino que tendrían la fortaleza de resistir cualquier embate de la vida, cualquier langosta que se cruzara en su camino.

Fue difícil conseguir esta madera que hoy se usa para muebles y llega desde el norte cortado en planchas. Después de preguntar y recorrer muchos aserraderos conseguí finalmente un tronco que pude transformar en cien bloques donde senté a cien parejas en una instalación que llamé **Dos en el Paraíso**.

La madera del paraíso es clara y está llena de nudos. Los bloques se quiebran, pero no se rompen. Es fiel pero tiene sus complicaciones. Le cuesta. Hace el esfuerzo. Cede y da hasta donde puede. El metal que compone a los personajes, en cambio, es fuerte, duro y frío, pero el lado izquierdo de cada figura está hundido como sin querer. Es el lugar de las emociones, el espacio donde habitan las debilidades. No quería que fuesen modelos perfectos sino personas con lados más brillantes y otros más finitos, que se notara que sufren, que pelean, que abrazan y que perdonan.

LA MAGNITUD DE LAS MUJERES

Para un artista, la vida es un maravilloso caudal de información que posiblemente vaya a convertirse, en algún momento, en una obra. No de manera obvia, como un calco exacto de la experiencia, sino como pinceladas sutiles que van abriéndose paso y que construyen, sin hacer ruido, una visión única.

Las mujeres que conviven en mí, los colores con los que trabajo, la espátula que caracteriza mis trazos fuertes, no se sienten como decisiones sino como el resultado natural de encauzar mi propia experiencia.

Tal vez cada mujer que se cruza en mi camino, cada celebración, cada muerte, alegría o tropiezo son parte de lo que hacen a mi obra convocante.

Llegó un momento en el que quise homenajear a esta tribu de mujeres, hacerlas enormes. Ya había probado pintarlas por separado, ahora quería poder pintarlas juntas, enlazadas de la misma manera que me sentía enlazada a las mujeres de mi vida. Imaginé una gran fiesta, el resultado de ser en comunidad y de estar unidas por una fuerza inexplicable.

Compré la tela más grande que encontré y la teñí de colores.

Lo que hace que mi obra parezca tan viva es lo visceral del proceso. Cuando pinto no hago bocetos, pienso la obra en mi cabeza y bajo esas imágenes directamente sobre la tela. A este cuadro, que era el más grande al que alguna vez me hubiese enfrentado, lo pinté como una niña, echada sobre el piso, sin cálculos previos. Ni siquiera tenía una idea exacta de cuántas mujeres entrarían o cuál iba a ser la paleta que predominara.

Primero hice una base. Creí que iba a explotar en mil colores vivos, los que lógicamente constituyen una fiesta en la mente de cualquiera. Sin embargo me di cuenta de que un lienzo así de grande con tanto color haría ruido. Entonces opté por el azul, y pinté un gran mar o un cielo, alguien podría imaginar un salón azul inacabable donde se encontraron las mujeres más importantes de mi vida.

Este color era el equilibrio que necesitaba para poder convivir con todas estas mujeres fuertes que me forman y me formaron. Y era además el contrapeso perfecto para traerlas a la obra sin taparla de emociones. El eco que hace cada una en el corazón de quien las lleva dentro se volvería así una canción delicada.

Elegí especialmente un azul, un gran manto para darle vida a esta fábula. Y a partir de ahí vinieron el resto de los colores. Ocre, turquesa y cemento.

Hoy la mayoría de mis obras nacen de este color primario, un punto de partida que encuentro repitiendo con más y más frecuencia. Es una base que habla del alma y sobre el que surge cada historia nueva.

Cuando empecé a pintar, mi hijo Pedro me sugirió una alegoría: “Mamá, este año cumplís cincuenta y tres, van a tener que ser treinta y cinco mujeres en tu tela”. Le dije que no sabía cuántas serían, que eso no estaba en mis manos. Y así fue.

Mientras diseñaba el lugar que ocuparía cada una de las figuras que iban apareciendo, fui sintiendo cómo esta obra me interpelaba de una manera diferente. Sin buscarlo, empecé a escuchar las voces de todas las amigas y maestras que habían sellado mi camino y que me guiaban desde algún lugar cercano.

Durante cuatro meses mi vida fue el cuadro. Todo giró alrededor de esa gran tela a lo largo de semanas en las que parecía que flotaba, o vivía en otra dimensión. A veces sentía que conocía tan bien la escena que una parte mía se quedaba en la obra cuando me iba a dormir o me tomaba un recreo. A la mañana siguiente siempre estaba ahí, esperándome, preparando el espacio para lo que siguiera.

Yo oía a las protagonistas de la obra y dibujaba las líneas iniciales para que empezaran a pensarse dentro del marco, con la idea de que esas mujeres después le hablaran a todos. Quise que ese cuadro, propio pero a la vez completamente universal, fuera una muestra del que podría pintar cada uno.

Cuando finalmente terminé la primera pasada, conté las mujeres y eran treinta y cinco. Se me hizo muy claro que esta obra era mi vida y que necesitaba escribir los nombres de quienes veía. Eran mujeres importantes que, para bien o para mal, me habían marcado para siempre y ahora estaban ahí, agrandadas a través de una lupa. No solo eso, sino que cada una de ellas también era yo misma.

Primero aparecieron los nombres más obvios. Y a medida que agudizaba el ejercicio emocional y me sumergía en mis vivencias aparecieron algunas que no recordaba. Llegué al corazón del corazón, a personas que estaban tapadas debajo de capas y capas de azul y que descubría, de un momento a otro, que también me habían hecho ser quien era.

Todos tenemos 35, 12, 18 mujeres que han sido sustanciales. Mujeres a las que nos queremos parecer y otras a las que no. Llevamos con nosotros historias más luminosas, más

desprendidas, más tristes, y vamos tejiendo un hilo interno que permite que todas convivan en armonía.

Mientras pensaba cómo titular la obra y estaba por firmarla, le pregunté a Andrés qué veía.

—Para empezar, ¿cuánto mide? Preguntó.

—2, 10 x 10 metros. Le respondí.

—21 metros cuadrados de mujeres.

—21 metros cuadrados de mujer.

Cuando alguien quería saber si alguna de esas era yo, al principio contestaba sin dudarlo que ninguna. Pero había una mujer que disfrutaba especialmente de pintar, a la vez que me costaba más que el resto. La había hecho con una gran panza de costado aunque todo su cuerpo erguido mirara hacia el frente. Estaba y no estaba embarazada. Había algo misterioso en su forma y la seguridad con que estaba plantada en la tela.

De a poco me fui dando cuenta de que esa mujer era yo. Era como si estuviese pariendo mi historia de frente. Cuando las conté, vi que era la número 21, y la emoción se hizo nudo en mi garganta. En numerología, el número 21 representa a la mujer. Creo que no existen las casualidades: todo lo que hacemos es causa de algo más grande. Esa gran tela era la historia de una mujer. La historia de toda mujer.

Inauguramos la obra una noche de perfecto equilibrio azul.

Un gran amigo, Bernardo Fernández, que siempre me acompañó en este camino, me había prestado un espacio donde pude desplegar en su totalidad la gran tela para poderla terminar. Durante un mes y medio trabajé unificando los personajes que había pintado entre marzo y junio. Cuando estuvo todo listo nos dimos cuenta de que era el lugar ideal para presentar este enorme pedazo de vida. Pusimos fecha para un 21 de agosto pero para que todos pudieran estar presentes tuvimos que adelantar la muestra al 15.

Ese día a las doce de la noche era mi cumpleaños número cincuenta y tres y no solo estaban presentes mis treinta y cinco mujeres azules , sino cada uno de los testigos más importantes de mi camino como mujer y como artista. Éramos más de trescientas personas. Fue un abrazo enorme del que todos se hicieron parte.

Allí estaban mis hijos, Lucía, Catalina, José y Pedro, casi tan conocedores de mis obras como yo misma, mis críticos más generosos, compañeros y ayudantes, presentes y disfrutando.

Andrés, que en cada paso me sostuvo la mano, me ayudó, rió y lloró conmigo.

Mi padre, siempre presente , me miraba y sonreía feliz .

Mi hermano Fernando, que me enseñó a ver el mundo a través de los sentidos magnificados, a no dejar que nada se escape. Conectándome cada vez que tuvo la oportunidad con personas que tanto me ayudaron en esta travesía.

Mi hermana Vicky, mujer libre y luchadora. Llena de sueños y dueña de su vida desde joven, cuando decidió dar la vuelta al mundo. Su familia toda me acompañaba esa noche.

Mis amigos y amigas de siempre, incondicionales.

Mis compañeros de talleres y profesores, que desde mis inicios me ayudaron a soltar lo que tenía adentro y a plasmarlo. Fueron las miradas que me ayudaron a despojarme de todo lo secundario, lo que no suma, para dar lugar al tesoro propio.

Esa noche, una bailarina vestida de azules bailó frente al enorme cuadro como una mujer más, la número 36, transformando todas esas imágenes en movimiento. Josefina Enrico había visto la obra antes de la muestra y nos regaló un espectáculo de música y baile en el que encarnó las emociones que afloraban de la gran obra que hacía de telón a sus espaldas.

La tela cubría una pared enorme, y la luz que irradiaba envolvía a todos los que habían ido, sin saberlo, a hacer un homenaje a las mujeres de sus vidas.

María Laura Pini, gran artista, maestra y amiga escribió sobre una pared contigua:

“Treinta y cinco, diez, veintiuno...Números.

Matemáticas de su inconsciente

Que se despliega en azules turquesas.

Para hacer lo que hace una mujer,

Realizar el esfuerzo y el trabajo reproductivo que permite la supervivencia de individuos y sociedades.

Y así, Ana nos dice de cuántas partes es ella.

Veintuna + 35 = una

Que se abalanza sobre la aventura del proyecto,

Decide y lo hace...

Y entonces la idea fantasiosa es un objetivo cumplido.

Líneas y manchas, panzas y lunas, redondeces de hembra que son lo mismo: contundentes y esquivas.

Y materializan en un telón estético el plan: mostrar tantas y solo una.

Relato de historias que nos hacen ser lo que somos.

Y las mentes decididas las miran y se encuentran.

Porque Ana nos comparte ella todo:

Con alegrías y con lágrimas

(no hay unas sin otras)

Y la Gallart es generosa, con ella primero...

Porque sabe que así cumple con su objetivo:

Ser feliz haciendo feliz a los demás".

TOMAR VUELO

Exponer es exponerse y terminar de comprender el alcance de una pieza. Es hacer parte al otro y enriquecerse con lo que ocurre entonces. Hacerlo me ayudó a completar mi búsqueda ; sacar afuera lo que durante años había venido dibujando se volvió una necesidad casi tan importante como el proceso de creación. A pesar de tener que cargar con la mirada ajena que no siempre es fácil, mostrar mi arte comenzó a darle más sentido al acto solitario de la pintura.

Pongo mi corazón en cada obra, y no hay nada que se compare con exponer en la ciudad a la que mi corazón pertenece. Buenos Aires es la tierra que me dio la primavera violeta azulada de sus jacarandás, el amarillo de sus otoños, el gris de sus inviernos apagados. El murmullo de su gente, las bocinas de sus taxis amarillos y negros, el ruido apagado de la lluvia, la pasión de los porteños para defender lo indefendible. Me enseñó a adaptarme, a enamorarme de los obstáculos, a estar rodeada de afecto, a que el amor es un tango que estamos invitados a bailar todos.

De la mano de Adriana Rodríguez llegué a formar parte de **La Noche de los Museos de Buenos Aires** en tres oportunidades. Es un momento al año donde los principales espacios culturales abren sus puertas y miles de personas palpitán la ciudad y sus rincones normalmente más inaccesibles al gran público. Por una noche, conviven el baile, la música, el arte, la gastronomía al alcance de todos.

La gente descubre el universo que existe en estos templos que desde siempre erigimos con el único fin de conservar lo que nos conecta con nuestra historia, nuestros deseos, nuestro caudal de cultura. Estamos equivocados si sentimos que los museos no son para nosotros, imponiendo una distancia imaginaria que solo existe porque la creamos. Todo arte nace con el fin de ser mostrado y compartido, y un museo se completa cuando lo recorremos, dejando el aire cargado de preguntas.

En 2018, llegué al barrio de Monserrat junto a 10 grandes obras que presenté bajo el título de **“Yo, una más”**. La **Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires** me invitó a exponer en el Hall de Honor, un salón circular de techos altísimos. Las protagonistas de la obra vestidas de grandes faldas en movimiento se unían entre sí generando una figura concéntrica que nos incluía a todos. Las mujeres trabajamos juntas así, en círculo, y de esta forma no hay límites para sostenernos y lograr grandes cosas. El círculo es el símbolo de la unidad, la perfección, el resultante de la unión entre lo femenino y lo masculino, lo eterno, la tierra misma.

En 2019 fui convocada para intervenir una gran figura femenina y exponerla en el **obelisco** en el día de la mujer. El honor de compartirle a mi país de qué creo que estamos hechas las mujeres fue un enorme regalo. El obelisco es ese emblema en el que pensamos todos cuando buscamos representar la ciudad de Buenos Aires en nuestra cabeza, el primer sitio que reconocen los que vienen de afuera a recorrer nuestra casa, un lugar con tanto peso que parece un sueño haber podido formar parte de su impronta ese día.

Esa mañana del 8 de marzo me acompañaba mi familia entera. La noche anterior una gran tormenta había caído sobre la ciudad y el viento soplaban fuerte en la Avenida 9 de julio. Era un día de marchas y celebraciones. Un día especial. Después de sacarnos fotos al pie del obelisco, nos refugiamos en un clásico bar del centro de la ciudad para festejar. Nos daba la bienvenida un gran cuadro de Buenos Aires y sus ciudadanos inmortales: Gardel, Piazzolla y Troilo. Por supuesto, desayunamos café con leche y medialunas .

Esta mujer que recibí gris y liberé a la ciudad llena de vida y color aterrizó luego en la **Usina del Arte**. Otro edificio icónico y con historia que se transformó y fue evolucionando hasta llegar a ser un espacio que respira comunidad y búsqueda. Y siguió viaje por más rincones de la ciudad, acumulando miradas e impresiones que jamás llegaré a conocer por completo.

Las ciudades de Mar del Plata y Córdoba quisieron conocer también mis mujeres. Agradecida y con el auto cargado del color y del movimiento de mis mujeres que expuse en ambos lugares, e invitada a dar charlas y notas en diarios y radios.

De pronto el mundo se agranda y se achica a la vez. De mi país al resto del continente y del otro lado del mar, empiezo a compartir mi obra. Allí lejos me reciben de maneras siempre nuevas. Viajar a mostrarme me vigoriza y me obliga a cuestionar lo que estoy haciendo.

Expuse en lugares como Florencia, Milán, Miami, Nueva York, Barcelona. Son ciudades inmensas, llenas de colores ajenos, ¡que a veces se parecen tanto a los propios!

Es un privilegio vivir en un momento en el que podemos estrechar lazos tan fácilmente con personas en todo el planeta. Cada día aprendo a volcarme más a lo virtual, a romper con los viejos paradigmas que dictaban que el arte era para unos pocos. Celebro que tengamos la posibilidad de expresarnos y de poder comunicarlo.

Vivimos en un mundo más amable donde el que se anima tiene más posibilidades. A veces solo hay que animarse y saltar.

Como el día que me propusieron hacer una entrevista en la NBC en Nueva York. Yo, que casi no hablo inglés. Ahí estaba, con mis 54 años, refrescando un inglés aprendido de chica,

agradeciendo una posibilidad que me superaba. Y fue una gran celebración. Pude contar de qué eran mis mujeres, mis colores, mi pasión. En ese estudio enorme, mirando a mí alrededor, pude sentir qué pequeña y enorme es siempre la vida. Qué lindo es no tener miedo a vivir lo que ella nos regala.

En esos momentos libero una adrenalina que es mía y de nadie más, una alegría explosiva que no se reduce con el tiempo. Cada vez que alguien me elige sin conocerme, que elige mi arte por sobre otros, agradezco haberme lanzado al vacío.

Mis mujeres me han abierto muchísimas puertas, me han permitido atravesar las barreras culturales y voltear prejuicios para dar lugar al encuentro. Al ser tan universales, ellas me preceden y me alegra pensar que cuando me voy una parte mía se queda en ese pedazo del mapa.

He transportado cuadros enormes a Milán, donde aún en las casas más chicas encuentran lugar para el arte; o a Florencia, donde en ocasión de la Bienal de Firenze mis piezas se sostuvieron sobre las paredes ancestrales de la Fortezza di Basso, un castillo medieval que sobrevivió guerras y permanece de pie después de siglos. También a Nueva York, ciudad cosmopolita, maravillosa y pujante que no descansa. Y a Barcelona, tierra paterna, lugar de encuentros, sabores y festejos .

Viajar cargada de cuadros y acrílicos. ¡Caminar esas ciudades buscando tornillos y marcos para armar, terminar los días cansada de tanto hablar y reír en otro idioma, conocer artistas del resto del mundo, irme a dormir con mi eterno compañero de aventuras habiendo comido el tiramisú de un pequeño restaurante perdido en Italia me llena el alma!

En este camino conocí mujeres con proyectos y con ganas, que me ayudaron a cruzar las fronteras. Lidia Salazar y Marisol Lozano, que creyeron en mi trabajo y me llevaron a exponer cada vez más lejos de casa.

Recuerdo una tarde exponiendo con Lidia en Milán donde pactamos tomarnos una copa de champagne por cada cuadro vendido . Cuatro horas más tarde, ¡seis de mis mujeres habían sacado pasaporte italiano! Teníamos las sonrisas grabadas en la cara de tanta burbuja y tanto desconcierto.

O cuando con Marisol y Catalina mi hija, después de mucho trabajo, terminamos de instalar en esa enorme galería de Chelsea los 32 cuadros que había pintado especialmente y llevado a Nueva York. El cansancio y la alegría de ver cómo lo soñado se hacía realidad es un recuerdo imborrable.

Quizás el aprendizaje menos pensado es haber entendido que para crecer tengo que perder el control. Dejar que mis piezas vayan lejos, sorprendan o emocionen, generen cosas por fuera de mi alcance, tengan vida propia.

VOCACIÓN CIRCULAR

A lo largo de este recorrido mágico que es hacer arte y compartirlo, ha habido momentos de gran plenitud.

Pinto porque las cosas se me presentan como acentuadas a través de mis sentidos.

Porque pienso el afecto como un color, la edad como un color, la risa como una explosión de colores.

Porque tengo que atravesar las redes del tiempo y dejar huella.

Hay muchos maestros que me han generado admiración y ganas de convertirme en artista. Raúl Soldi, cuyas mujeres etéreas, casi de otro mundo, me han inspirado desde chica. Presas con sus mujeres de maravillosos colores. Picasso, que con su ruptura total de las formas me hizo entender la libertad que tengo para contar mi versión del universo.

Pero sobre todo, mi pintura surge de las comunidades de las que formo parte. Los talleres como casas que fui eligiendo para nutrirme. Ahí donde todos somos partícipes de la obra de todos y nos revelamos necesitados. Precisamos integrar nuestras miradas como un círculo en el que giramos, nos observamos, nos prestamos por un rato.

Pinto mucho sola, en mi casa o en el taller, al aire libre durante horas sin tiempo. Me permito entrar y salir del cuadro sin apuro, disfrutando. Por momentos todo se vuelve espiritual y frágil, el silencio es mi gran compañero. En la ausencia de otras miradas logro volver a esa niña que dibujaba con urgencia, pensando solo con las manos.

Luego sí, necesito salirme de mi misma, refrescar mi paleta y mi perspectiva con los aportes de otros. Me encuentro con mis colegas y mis amigos en el taller para intercambiar, hacer chocar nuestras ideas y cocinar nuevas, abrir las puertas del corazón y dejar correr el aire. Es un aprendizaje que llega, como los más importantes de la vida, sin que nos demos cuenta.

Los artistas con quienes comparto este viaje son personas que, dediquen su vida al arte o no, están enamorados del proceso creativo. Armamos una cofradía sin edad que sostiene el trabajo de cada uno como si fuera el de todos. Entendemos que, como cualquier romance, hay momentos difíciles y otros de celebración. Nos acompañamos en las horas de aridez creativa y festejamos nuestros logros.

Pintamos y frenamos, tomamos mates y almorzamos. Nos abrimos un vino al mediodía, conversamos sobre lo que estamos transitando y hacia dónde nos gustaría ir. Siempre digo que por eso somos más creativos a la tarde que a la mañana. Entre el vinito y la charla se ablandan las manos y el corazón. Una canción suena en el aire, de pronto alguien se pone a cantar, otro se suma y las notas invaden el taller. Se baila y se canta a viva voz, ¡se ríe! A la

tarde pintamos más y mejor. Pintamos hasta que el cielo se apaga y es hora de guardar los pinceles y la espátula.

Tuve muchos mentores a lo largo de los años. Siempre respetaron lo que tenía para decir y para mostrar. No es fácil trabajar a la luz de las expectativas de otros. Por eso un buen profesor no te llena de sus ideas sino que se compromete a ayudarte para que puedas moldear las tuyas.

Los talleres son como laboratorios donde sin importar todo lo que se hizo antes hay que despojarse, quedar descalzo y entregarse al juego. Invocar al niño que duerme en uno y darle rienda suelta. Ensayar, equivocarse, equivocarse y acertar. Experimentar, probar cosas, descartar otras.

Abordar el mundo a través del asombro es un entrenamiento de todos los días: permanecer en la magia de lo bello, lo que commueve, lo que para muchos es obvio porque se acostumbraron a sobrevolarlo.

Por eso, al margen de pintar, disfruto de escribir la columna de arte de la revista Mundo Plural, donde hablo del arte hoy, de lo que veo y vivo en este medio.

Del mismo modo durante cuatro años armé y dirigí la galería Arte en Miñones, donde invitábamos a artistas emergentes y consagrados a armar muestras en las que la música, la pintura y la escultura se daban cita. ¡Visité tantos talleres y conversé con tantos artistas!

Conocer el mundo detrás del recorrido de cada uno de ellos es un verdadero privilegio, formar parte de ese camino es maravilloso.

Algunos ven el resultado. Pero el arte es proceso. Es saborear el camino que te lleva, en un determinado momento, a crear una obra, a contar una historia a tu manera.

Ser artista para mí es absorber lo que me rodea para luego devolverlo al mundo intervenido. Es no conformarme con dejar pasar los días sino teñirlos con un color propio. Es hacerme cargo de la energía que me rodea y me pertenece para luego plasmarla en algo más grande.

Me he encontrado dibujando modelo vivo en el Museo de Bellas Artes de Boston junto a extraños que nada sabían de mí ni yo de ellos. Estudiando los rasgos de una mujer que nos desafió a cada uno de los que nos sentimos llamados a detener nuestro recorrido, tomar un lápiz y copiarla en silencio. Esa postal de una tarde al otro lado del mundo dibujando junto a desconocidos, haciendo lo que más me completa, es una de las razones por las que cada día elijo este camino.

Mi realidad me devuelve todo el tiempo la convicción de que este es el lugar que tengo que ocupar. Haciendo lo que más me gusta: pintar. Mejor todavía...pintar mujeres.